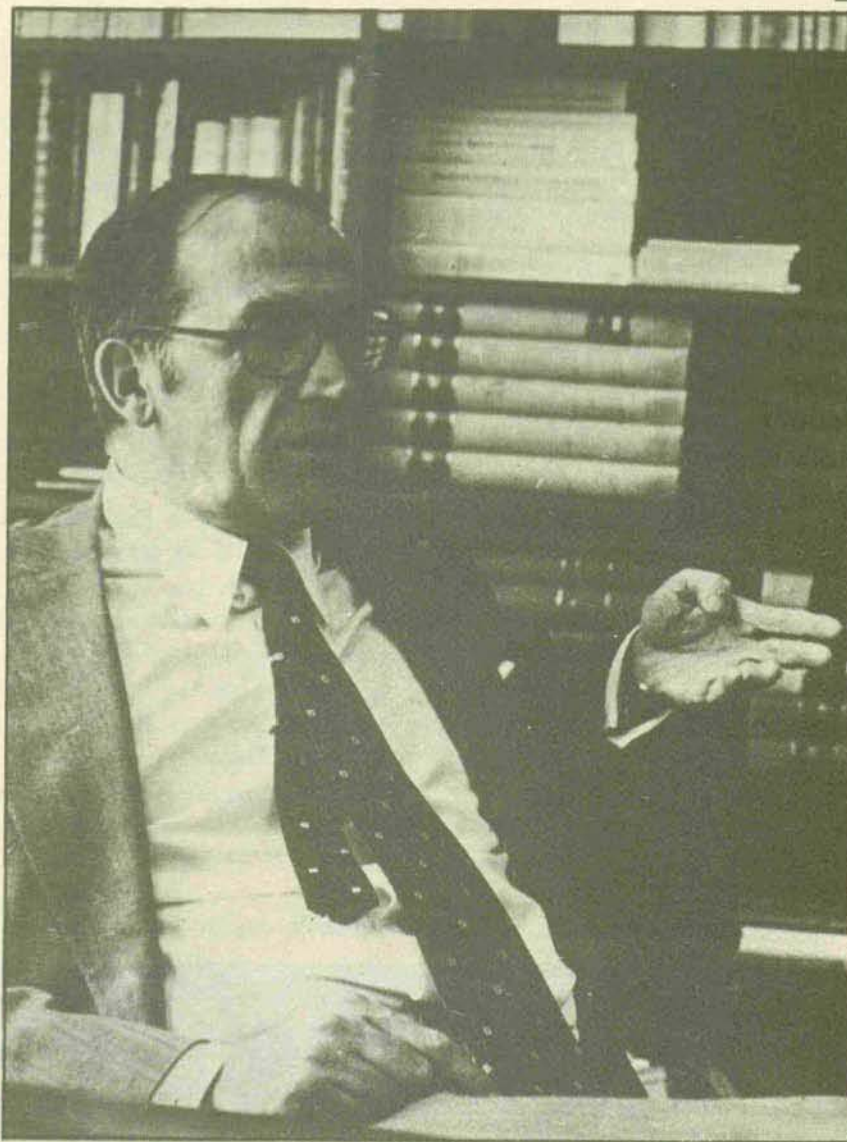


Artola, una objetividad de nuestro tiempo

RESULTA difícil, al menos para quien esto escribe, presentar con la objetividad habitual a la figura de Miguel Artola.

Durante años, primero en la Facultad de Letras de Salamanca, y más tarde en la Universidad Autónoma de Madrid, para quienes fuimos sus alumnos, Artola ha sido, antes que nada, el profesor capaz de

introducirnos en una concepción científica de la historia, tan lejos de los manuales de fechas, batallas y «gloriosos siglos de Oro» como del puro ensayismo socio-político, desprovisto en muchos casos del imprescindible rigor científico. Gracias a él, como consecuencia de una labor docente de brillantez no habitual en el páramo de la Universidad franquista, muchos estudiantes descubrimos un campo apasionante de conocimientos sobre el hombre



y la sociedad, al que acabaríamos dedicando nuestro esfuerzo profesional.

*Los demás datos de su biografía intelectual, por su carácter público, son más conocidos: máximo especialista en la historia española del primer tercio del siglo XIX, y autor de obras como **Los afrancesados**, **Los orígenes de la España contemporánea** o **La España de Fer-***

*nando VII, imprescindibles para cualquier estudioso del período; director de la colección más conocida de historia de España (la **Historia de España Alfaguara**), en la que publicó una síntesis marginal sobre **La burguesía revolucionaria (1808-1874)**, y cuyo éxito demostró el interés del público lector por este nuevo enfoque historiográfico; incansable investigador de la historia de los partidos políticos en la España contemporánea, a la que ha*

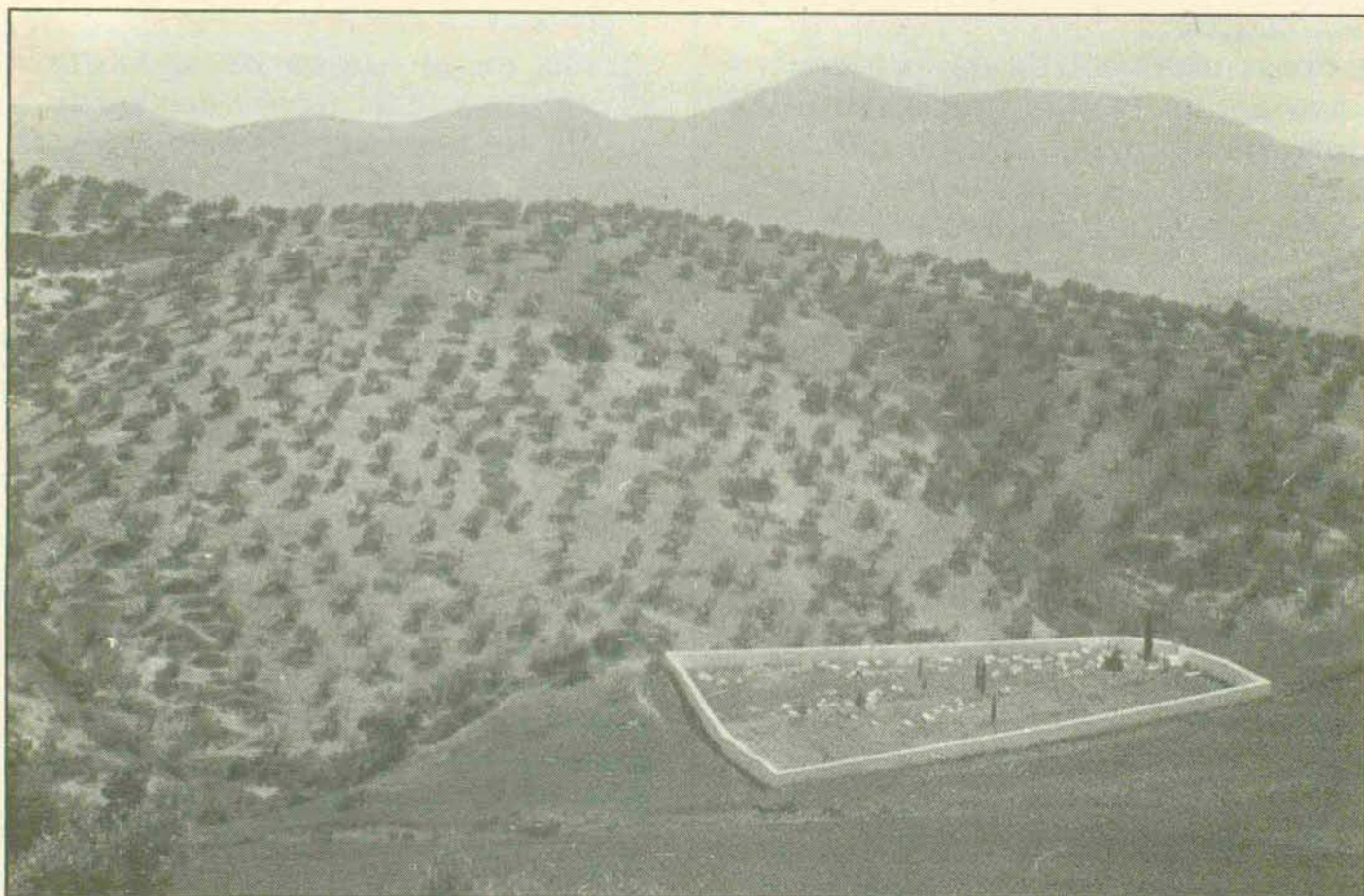
*dedicado una obra capital (**Partidos y Programas políticos**); autor de un volumen de **Textos fundamentales para la historia**, obra de cabecera para todos los que en los últimos diez años han pretendido acercarse a las fuentes históricas directas y a una visión omnicomprendensiva de la historia; promotor de un amplio trabajo universitario en equipo, que ha permitido la introducción en las tareas investigadoras de sucesivas promociones de estudiantes, y ha dado frutos de importancia en los volúmenes sobre **La España del siglo XVIII o La Economía del Antiguo Régimen...***

No contento con ello, en los últimos años, Artola decidió completar su trayectoria investigadora —dedicada fundamentalmente hasta ahora a la historia socio-política del

*siglo XIX— con una serie de incursiones en el campo de la historia económica. Sus resultados están a punto de aparecer: dos estudios en equipo, bajo su dirección, sobre la evolución de los latifundios en Andalucía, el primero, y sobre la construcción de ferrocarriles y su incidencia económica en la España del pasado siglo, el segundo, y un libro de síntesis (**Antiguo Régimen y Revolución liberal**), en el que el análisis histórico se completa —como en él es habitual— con un debate teórico sobre el problema de los modos de producción, cuya originalidad no dejará de suscitar una importante polémica. Precisamente sobre estos temas mantuvimos con él una larga entrevista, que ahora ofrecemos en síntesis a los lectores de **TIEMPO DE HISTORIA**.* ►



«De mi libro sobre «La Renta Nacional» de la Corona de Castilla en el siglo XVIII, se deducía claramente que de todos los Reinos o territorios que la integraban, Andalucía era, con gran diferencia, la zona donde se daban las rentas más altas, y el excedente agrícola más importante de todo el territorio». (Trabajando el campo, en Huelva.)



«Frecuentemente se está denunciando o hablando de latifundios, cuando en realidad se está hablando de grandes patrimonios. O se está hablando de latifundios que, a la hora de su explotación, están divididos en pequeñas explotaciones, que en ningún caso alcanzan el nivel del latifundio». (El campo andaluz, en la provincia de Cádiz.)



«Aparte de la conocida distinción que establecen los geógrafos, para quienes una pequeña finca en regadío puede ser mucho más rentable que un latifundio, lo cual es obvio e indiscutible, el hecho es que hay grandes latifundios que son muy poco productivos». (La recolección de higos, en Almería.)

—**TIEMPO de HISTORIA.**—Normalmente se suele considerar a Miguel Artola como un especialista de la historia política e ideológica de la España contemporánea, cuyos trabajos han culminado en su síntesis **La burguesía revolucionaria (1808-1874)**, y en su fundamental y voluminoso estudio sobre **Partidos y programas políticos (1808-1936)**. En cambio, sus últimos trabajos, a punto de publicarse, están centrados en el estudio de diversos aspectos de la evolución económica del antiguo Régimen y del siglo XIX. ¿A qué se debe este cambio de planteamiento?

—**Miguel Artola.**—*Fundamentalmente el cansancio que produjo en mí la preparación del libro sobre los partidos políticos, que me significó algo así como diez años de dedicación a un tema que aparecía, por con-*

siguiente, inevitablemente aburrido después de tanto tiempo de estar entregado a él. Por otra parte, el intenso desarrollo de la historia política y la aparición de numerosos libros sobre la política y sobre los partidos, ha hecho que hoy sea una materia muy profusamente tratada, y no parece tan atractivo dedicarse a ellos.

LOS LATIFUNDIOS ANDALUCES

—**T. de H.**—De entre estos estudios, quizá el de mayor repercusión sea el relativo a la evolución de los latifundios en Andalucía, tema habitual en los ensayos socio-políticos, pero casi ignorado en los estudios históricos. ¿Qué razones motivaron la elección de este tema de investigación?

—**M. A.**—Yo no creo que el libro

más importante, por decirlo así, sea el de los latifundios, pese a ser el último escrito. El libro de los latifundios surge como consecuencia de un proceso de investigación durante varios años, que comenzó con un replanteamiento de un trabajo mío anterior acerca de la revolución liberal. Este trabajo es el que se ha plasmado en un libro sobre **Antiguo Régimen y Revolución liberal**, en el que se planteaba el sentido de la revolución, cuáles eran los cambios que se habían producido durante la revolución liberal, o como consecuencia de ella. Partiendo de este estudio, que es el más antiguo de los que se van a publicar, proyecté un primer trabajo en equipo con mis alumnos que tuvo como resultado un libro ya publicado sobre **La «Renta Nacional» de la Corona de Castilla** en el siglo XVIII. De este trabajo se deducía claramente que de todos

los Reinos o territorios que se integraban en lo que, a falta de otro nombre, hubo que denominar **la Corona de Castilla** (es decir, las 22 provincias que fueron examinadas en el Catastro de Ensenada), Andalucía era, con gran diferencia, la zona donde se daban las rentas más altas, y el excedente agrícola más importante de todo el territorio. Esto me indujo a analizar con mayor extensión el tema de la agricultura andaluza para ver lo que sucedía con estas importantes rentas, porque era evidente que el único sitio donde las posibilidades de capitalización, de acumulación de capital, eran grandes, sería obviamente Andalucía. Por esta razón, solicité y obtuve una ayuda para investigar el desarrollo del latifundio, que me pareció el tema más significativo donde podía encontrar la verificación de esa hipótesis.

—**T. de H.**—Parece, además,



Lo más frecuente es que los latifundios se fragmenten, las fincas pasen de unas manos a otras... lo que determina en cada momento es siempre una misma situación: la existencia de latifundios. Pero los latifundios no son siempre iguales. (Las tierras de Málaga.)

que el problema del latifundismo está lleno de ambigüedades e imprecisiones. Para empezar, ¿cómo se define un latifundio: sólo por la extensión, o hay que tener en cuenta otros factores?

M. A.—Efectivamente, el desarrollo del estudio sobre el latifundio andaluz desde el Catastro de Ensenada, de mediados del siglo XVIII, hasta nuestros días, nos ha servido para plantearnos una serie de cuestiones que creo que adolecen en muchos planteamientos de una insuficiente determinación. Por ejemplo, cuando se habla de latifundio, es frecuente la confusión acerca de lo que uno se refiere al utilizar este término, no se sabe bien si se habla de gran propiedad o de un gran patrimonio, si se habla de una gran finca (entendiendo por una gran finca una extensión de superficie continua, es decir, bajo una sola linde) o si, por el contrario, uno se refiere a una gran

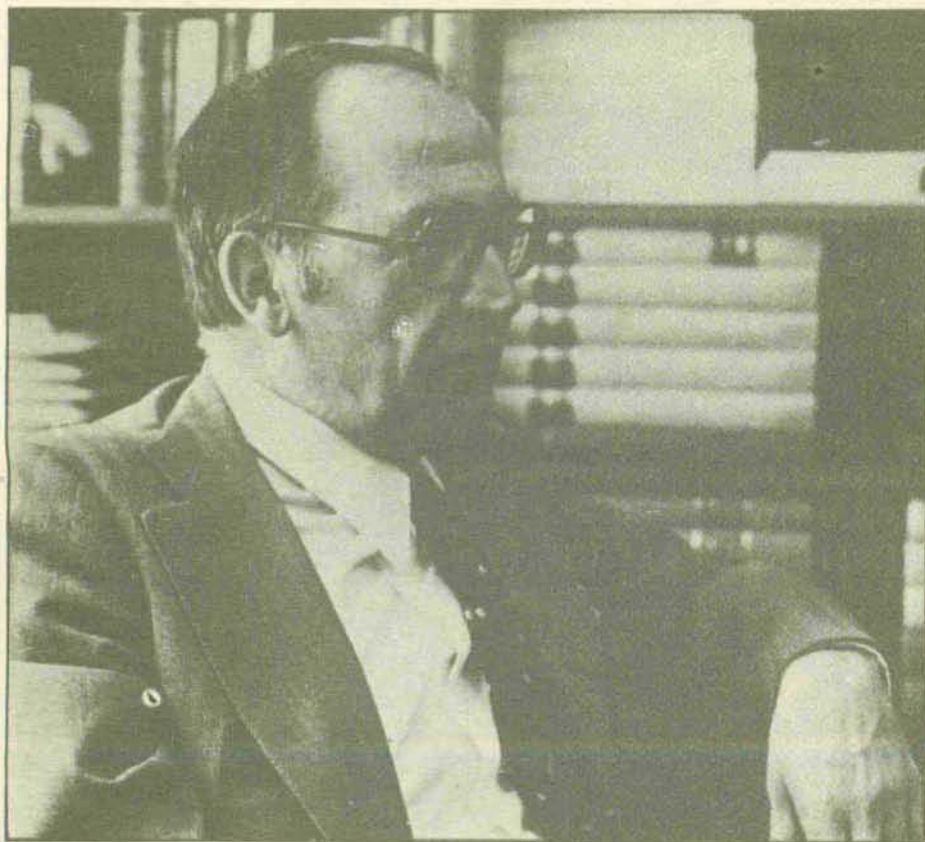
explotación agraria. Esta ambigüedad ha producido toda clase de equívocos. Frecuentemente se está denunciando o hablando de latifundios, cuando en realidad se está hablando de grandes patrimonios. O se está hablando de latifundios que, a la hora de su explotación, están divididos en pequeñas explotaciones, que en ningún caso alcanzan el nivel del latifundio.

Todos estos conceptos necesitan especificarse claramente y creemos que no lo estaban antes, por lo que nosotros nos planteamos analizarlos en sus diversos aspectos. Por otra parte, hay un hecho también importante: el criterio clásico utilizado por Carrión fue el de fijar el límite del latifundio en 250 hectáreas. Ahora bien, esta cifra es muy discutible: aparte de la conocida distinción que establecen los geógrafos, para quienes una pequeña finca en regadío puede ser mucho más

rentable que un latifundio, lo cual es obvio e indiscutible, el hecho es que hay grandes latifundios que son muy poco productivos, lo eran ya en el siglo XVIII, y cabe suponer que serán muy poco productivos en cualquier circunstancia que se utilice esta tierra.

—**T. de H.**—¿Cómo se realizaba la explotación de los latifundios?

—**M. A.**—Este problema es quizá el más significativo. Frecuentemente se ha atribuido la mala explotación de los latifundios a un problema de falta de mentalidad empresarial o de falta de espíritu capitalista por parte de los terratenientes dueños de estos latifundios. La verdad dista mucho de este planteamiento. En realidad, los grandes terratenientes realizan lo que indudablemente constituye el planteamiento más racional a la hora de explotar su tierra. Si invirtiesen en la tierra, esto significaría realización de determinadas obras, como el regadío o, mucho más modestamente, el levantamiento de una cerca, o cualquier otra obra de este tipo: construcción de almacenes, de casas, etc. Esto en los siglos XVIII o XIX; hoy sería la inversión en tractores o en maquinaria agrícola. Por otra parte, el hecho de los grandes patrimonios que acumulan los terratenientes, hace que frecuentemente tengan repartido ese patrimonio por varias provincias, por 10 o más (en algún caso hasta en 20 provincias aparece como contribuyente un mismo terrateniente). El problema es que si tratasen de llevar una gestión directa, se encontrarían, en primer lugar, con que no podrían hacerlo en todas partes; y segundo, correrían el riesgo de perder sus inversiones como consecuencia de una mala gestión o administración consiguiente al hecho de que no podían ser empresarios directos. Evidentemente, lo



«El gran problema que tiene el régimen político de partidos es su capacidad para integrar a las fuerzas que existen en la sociedad y encauzarlas dentro de una acción política».



«El problema de los grandes terratenientes es que, si tratasen de llevar una gestión directa, se encontrarían, en primer lugar, con que no podrían hacerlo en todas partes; y, segundo, correrían el riesgo de perder sus inversiones como consecuencia de una mala gestión o administración consiguiente al hecho de que no podían ser empresarios directos». (Tierras de Jaén.)

que no permite el campo es un sistema de controles burocráticos como los que se pueden conseguir en una fábrica. En estas condiciones, el terrateniente no puede tener ningún incentivo razonable para arriesgar sus rentas de uno o más años en realizar unas inversiones que inevitablemente tiene que poner en manos de otros y que, como consecuencia de una mala gestión, le pueden suponer pérdidas superiores a sus rentas durante una serie de años.

Por consiguiente, en la naturaleza de las cosas, no en esa supuesta mentalidad, está el hecho de que la explotación de esa tierra sea una explotación indirecta en la cual el terrateniente sólo aporta el factor tierra, y deja que un empresario agrícola —el labrador— aporte los aperos, las simientes, anticipe los capitales, contrate el trabajo

para poner en explotación estas fincas. Así, por ejemplo, encontramos que un administrador del duque de Osuna le entregó en 1730 una relación completa de cómo estaban distribuidas las tierras pertenecientes al duque en esta fecha, y resultó que todas ellas, salvo unas pocas que no había encontrado nadie que las tomase, se encontraban arrendadas con contratos por un corto plazo de años —cuatro o seis—, y con una relativa frecuencia aparecen auténticos labradores arrendatarios que explotan un conjunto de fincas que, unidas o por separado, forman un latifundio, si por latifundio entendemos 250 o más Has. de tierra. Lo que considero significativo es la distinción de varios problemas diferentes: el problema de la propiedad, que se acumula y produce patrimonios muy importantes; el problema específico del latifundio,

que es mucho menos importante, aunque evidentemente existe; y el problema de la explotación, que a la hora de explotar un latifundio se puede fragmentar, y de hecho los terratenientes lo fragmentaban tanto cuanto hacía falta para conseguir que la demanda de tierra por parte de los labradores fuese competitiva, y de este modo conseguir una renta más alta por las tierras que ofertaban en el mercado.

—T. de H.—En un estudio de larga duración como el emprendido, ¿cómo han evolucionado los latifundios a través de los diversos cambios en la historia moderna y contemporánea? ¿Qué influencia tuvieron las medidas de abolición de los señoríos y las desamortizaciones de la primera mitad del siglo XIX para la estructura de la gran propiedad?



«Lo que considero significativo es la distinción de varios problemas diferentes: el problema de la propiedad, que se acumula y produce patrimonios muy importantes; el problema específico del latifundio, que es mucho menos importante, aunque evidentemente existe; y el problema de la explotación, que a la hora de explotar un latifundio se puede fragmentar». (La agricultura en Granada.)

—M. A.—En la medida en que hemos conseguido identificar y seguir la historia de unos cuantos latifundios —de unos 200 ó 250 con los que comenzamos al principio, quedaron reducidos luego a 50, acerca de los cuales tenemos un volumen mínimo de datos para reconstruir su historia— está claro que el latifundio en cuanto gran patrimonio no mantiene una identidad inalterable a lo largo del tiempo. Posiblemente, en determinados casos excepcionales, pienso en Medinaceli, sí se mantiene esta identidad, pero evidentemente no cabe pensar que sea lo más frecuente. Lo más frecuente es que los latifundios se fragmenten, las fincas pasen de unas manos a otras, pero esta variación de titulares y este trasvase de fincas de unos patrimonios a otros como consecuencia de la herencia, del matrimonio y de la

compra, lo que determina en cada momento es siempre una misma situación: la existencia de latifundios. El latifundio existe como una realidad constante, pero los latifundios no son siempre iguales.

Tanto las desamortizaciones como la abolición de señoríos, por lo menos en Andalucía afectaron muy poco la existencia de latifundio. En primer lugar, la abolición de los señoríos no podía afectar en Andalucía a la existencia de los latifundios, porque en Andalucía, como en la mayor parte del país, la propiedad como derecho civil estaba perfectamente establecida e identificada, y separada de la jurisdicción como poder señorial; por consiguiente, la abolición de los señoríos significó evidentemente la pérdida por parte de los señores de sus atribuciones de gobierno, en cuanto ejercicio de un privile-

gio o una cesión por parte de la corona en su beneficio. Esto no afectó en absoluto a su patrimonio que, por el contrario, fue, no voy a decir reforzado, pero sí reconocido en los mismos términos que lo venían disfrutando. Lo que cambió realmente fue que a partir del decreto de la abolición del régimen vincular (y esto sí es mucho más importante), los patrimonios nobiliarios hasta entonces amayorazgados o vinculados, pasaron a ser de libre disposición, e inevitablemente entraron en el juego de las herencias. Lo que cabe suponer es que el juego de las herencias produce unas situaciones muy características de política familiar en las cuales de una generación a otra no debería ser difícil reproducir el patrimonio original. Un padre con un cierto número de hijos —tres o cuatro— no es difícil que coloque a

alguno de ellos fuera de la tierra, con lo cual los que tienen que repartirse la tierra van a recibir una parte más pequeña que la de su progenitor, pero tienen en cambio dos posibilidades de reconstrucción patrimonial. Por una parte, el matrimonio, que puede aportarles una dote comparable a su propia aportación. Por otra, la materialización de sus ganancias en la adquisición de nuevas tierras para redondear ese patrimonio a lo largo de la vida. De este modo, no es difícil que, partiendo de una herencia que confiere una parte de un gran patrimonio anterior, en el momento de producirse una nueva sucesión se distribuya un patrimonio igual al primitivo. Esto produce, evidentemente, una continuidad. De todas maneras, la desvinculación o el fin del régimen vincular fue la amenaza más grave para los patrimonios, en especial para los grandes patrimonios nobiliarios, muchos de los cuales desaparecieron, cambiaron de manos, pasaron a otros nobles, e incluso se produjo el fenómeno de la promoción a la nobleza de gentes que habían sido labradores en el siglo XVIII, pero que se habían convertido en propietarios en el siglo XIX, e incluso llegaron a alcanzar títulos nobiliarios antes de que terminase el siglo como consecuencia de su ascensión económica y social.

Las desamortizaciones afectaron poco en Andalucía a la distribución del patrimonio, por cuanto realmente el volumen de las tierras de la Iglesia era proporcionalmente menos importante que en otras regiones. Aun así, la desamortización dio muchas posibilidades, pero no parece que a los grandes terratenientes del Antiguo Régimen, sino precisamente a una clase burguesa de labradores con recursos de capital que fueron los compradores de tierras; y, junto con ellos, a funcionarios o gen-

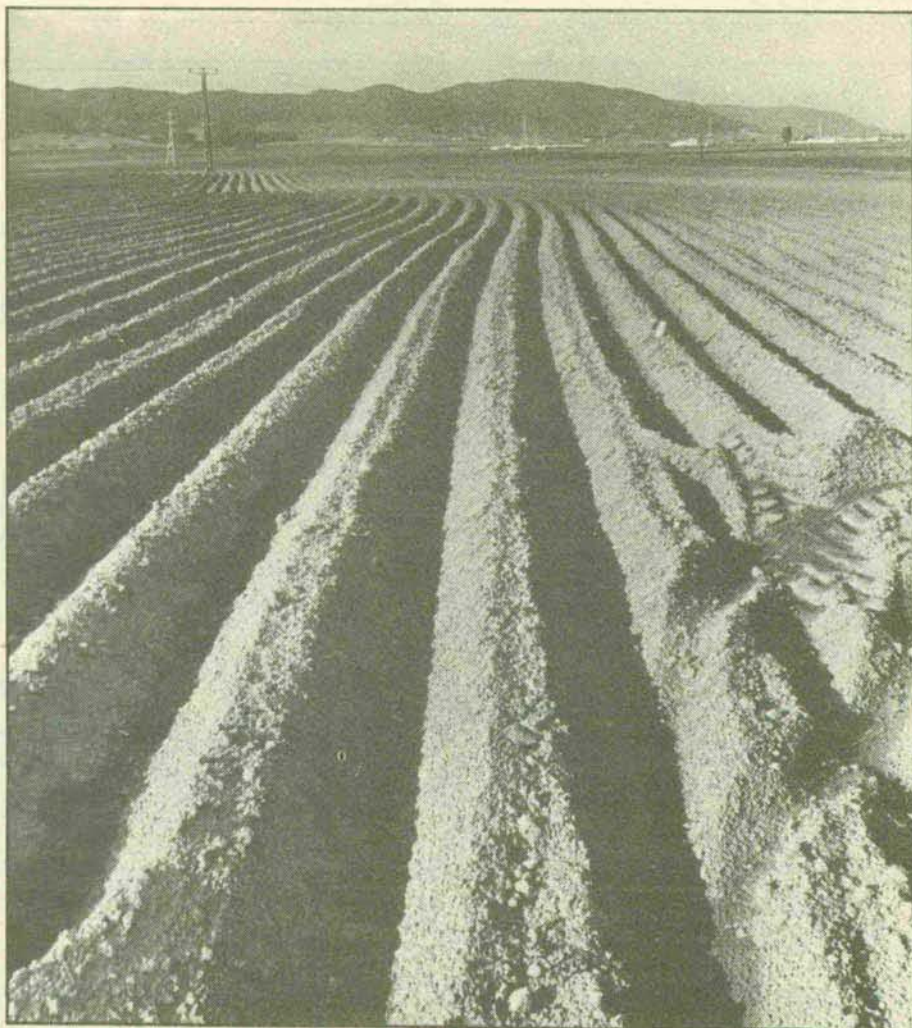
tes de una burguesía urbana con dinero, y que lo aplicó en la adquisición de los bienes que habían quedado libres como consecuencia de la desvinculación, y que fueron vendidos durante la desamortización.

MODO DE PRODUCCION FEUDAL Y AGRICULTURA CAPITALISTA

—T. de H.—El tema de los latifundios y de su explotación económica aparece muy ligado en España a un problema más general, y que ha dado origen a numerosos debates entre los historiadores: el de las características del modo de producción feudal y de la transición hacia el modo de producción capitalista. Al parecer, en otro de sus libros

de próxima publicación (*Antiguo Régimen y Revolución liberal*), del que ya se ha publicado un anticipo, su interpretación de estos conceptos difiere sustancialmente de la habitual entre los historiadores marxistas. ¿En qué se basa esta interpretación?

—M. A.—El concepto de modo de producción feudal, en su estricta literalidad, entiendo que se refiere a un sistema de explotación basado en la utilización compulsiva del trabajo mediante **corveas** o, utilizando la palabra castellana correspondiente, **sernas**. El problema está en que el análisis de la forma de explotación de la tierra en España no descubre la existencia de este tipo de explotaciones. Existen **sernas**, existen **corveas**, pero cuando existen son realmente ocasionales. Las re-



«El concepto de modo de producción feudal, literalmente se refiere a un sistema de explotación basado en la utilización compulsiva del trabajo mediante corveas o, utilizando la palabra castellana correspondiente, sernas». (El campo andaluz, provincia de Sevilla.)

ferencias a **corveas** son muy escasas cuantitativamente, y las que conocemos proporcionan una masa de trabajo que ni de lejos puede considerarse significativa a la hora de explotar la superficie destinada a tierras de labor. Por consiguiente, las tierras de labor se explotan de otra forma. La forma que se utiliza es una forma indirecta, a través de contratos de arrendamiento, que aparecen perfectamente tipificados en la documentación desde el siglo XII y XIII y que, desde luego, son la práctica habitual en la casi totalidad del territorio desde la fase final de la Edad Media, en el Antiguo Régimen, y van a prolongarse durante el siglo XIX y parte del XX.

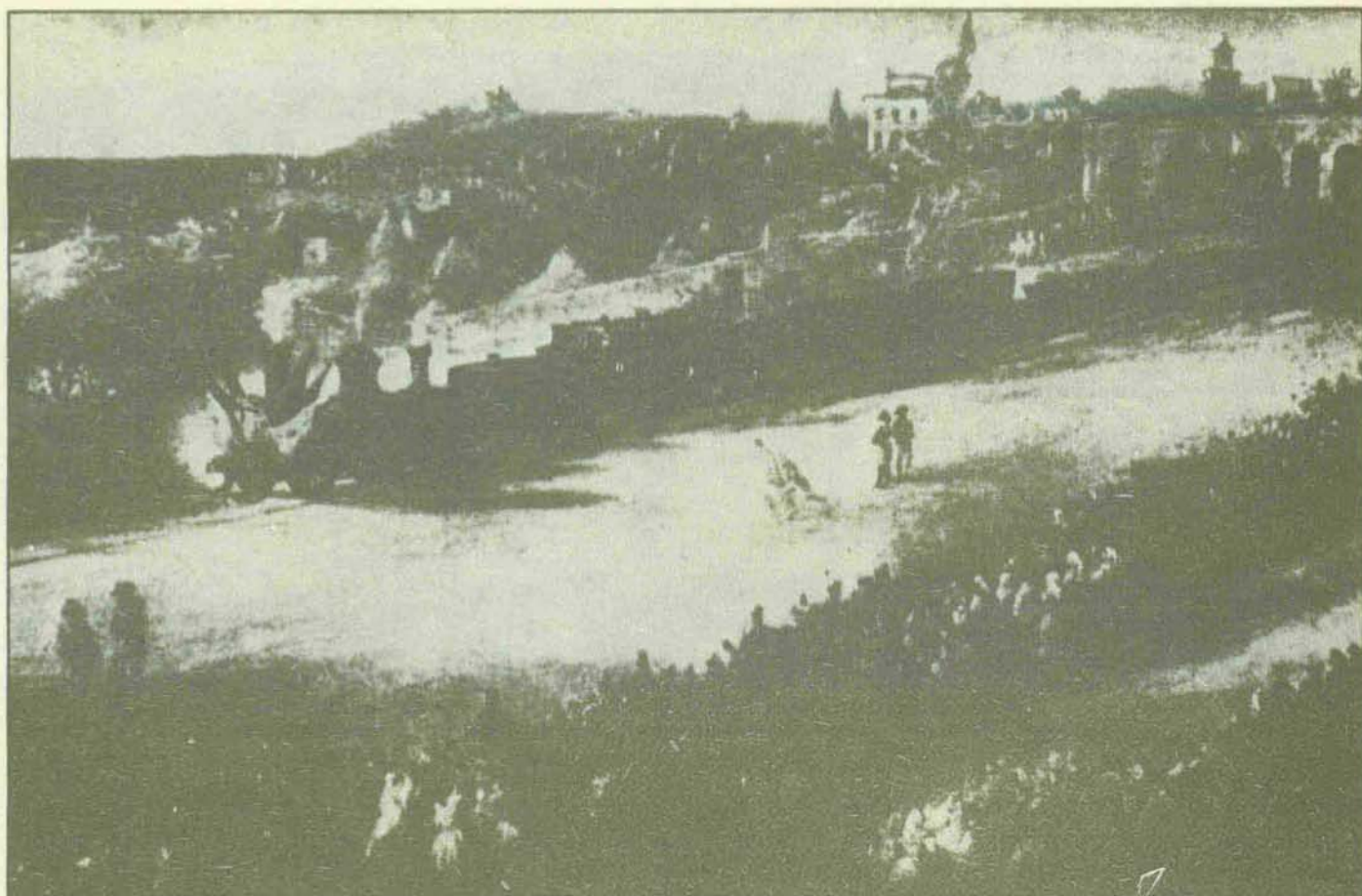
El problema del modo de producción feudal como etapa inmediatamente precedente al modo de producción capitalista, ha generado una serie de

cuestiones a la hora de su aplicación. Creo que la interpretación literal de la conocida secuencia de modos de producción formulada por Marx puede desembocar en un escolasticismo rígido, en el cual se trata de hacer que la realidad penetre en ese esquema formal. Un esquema que corresponde a los conocimientos históricos que existían en la época en que Marx escribe, pero que resultan, en mi opinión, cada día más difíciles de ajustar a los conocimientos históricos de las realidades sociales que encuentra la nueva historiografía, y a los trabajos históricos de los últimos años, incluso desde hace ya bastantes años. En líneas generales, nos encontramos con que el fenómeno de arrendamiento de tierras es una fórmula muy generalizada, no solamente en España, sino en Francia y en Inglaterra. Por

otra parte, encontramos que el sistema de la servidumbre o de las **corveas**, que caracteriza la explotación en el Este de Europa, es un sistema mucho más tardío de lo que se pensaba el siglo pasado. Además, aquí hay una cuestión que considero del mayor interés: el problema de estudiar la explotación de la tierra obliga no sólo a estudiar los aspectos formales, sino también los aspectos cuantitativos. Sin una cuantificación, las relaciones pueden ser perfectamente aparentes y las situaciones pueden quedar totalmente enmascaradas. Por ejemplo, un individuo puede pagar un tributo, que puede ser tan feudal como se quiera, pero si este tributo es puramente simbólico, es decir, se reduce a entregar un par de gallinas, evidentemente la nobleza o la Iglesia no van a vivir de estos tributos, si su importancia cuantitativa es mí-



«El problema de estudiar la explotación de la tierra obliga no sólo a estudiar los aspectos formales, sino también los cuantitativos. Sin una cuantificación, las relaciones pueden ser aparentes y las situaciones pueden quedar enmascaradas». (La recogida del arroz, en Valencia.)



«Es evidente la importancia del ferrocarril para el desarrollo económico. Integró el territorio. El ferrocarril fue un negocio desde el punto de vista de la explotación». (En la imagen, inauguración de un ferrocarril, por Pérez Villamil.)

nima. El problema está en determinar la cantidad de las prestaciones que se realizan. En este punto he de decir que la investigación, y no hablo sólo de la española, sino de la realizada en Alemania o en Rusia, produce situaciones que no dudo en calificar de pintorescas. Se habla por ejemplo de que un campesino estaba obligado a prestar gratuitamente un trabajo durante seis días a la semana. Si pensamos que para alimentar a la población en el Antiguo Régimen se necesita tener a las cuatro quintas partes de la población, como mínimo, dedicadas a las faenas agrícolas, no es difícil descubrir que, con el día a la semana que le queda al campesino para cultivar la parcela cedida por el señor habría que atribuirle una productividad fabulosa para que este individuo *pudiese vivir en estas condiciones*.

Evidentemente, hay que supo-

ner que esos documentos en los que se habla de prestaciones de seis días a la semana existen. El problema está en que la fidelidad a los documentos puede resultar una forma especial de traición a la realidad histórica.

Habría que estudiar, complementariamente a esos documentos, de qué viven esos campesinos que prestan seis días de **corveas** a la semana, con qué recursos consiguen subsistir. Creo recordar que en algún sitio he leído que determinados campesinos trabajaban incluso de noche. Supongo que esto es más bien un rasgo de humor de algún historiador que la pretensión de describir la realidad de una explotación agrícola. Si trabajaban seis días a la semana, tenían que recibir algún tipo de salario además de la tierra que les pudiese ser asignada. Además, hay que hacer notar que el séptimo día es un día de descanso.

—T. de H.—Según esto, ¿se puede decir que la agricultura del Antiguo Régimen en España era ya de carácter capitalista?

—M. A.—A ese respecto puedo ampararme, y no me gusta ampararme en criterios de autoridades, en un texto explícito de Marx donde dice que las relaciones capitalistas de producción surgen cuando en la explotación de la tierra aparece la figura de un intermediario que cuida de la explotación, anticipa los capitales, asume la gestión empresarial, etc. Esta situación se produce con la figura de los labradores, que son realmente muy tempranos en nuestra historia, y creo que en la historia de muchos otros países, como supongo se pondrá de manifiesto si algún día se puede llegar a realizar un análisis colectivo partiendo desde unos mismos supuestos teóricos, es decir, sobre unas mismas cues-



«La desamortización dio muchas posibilidades, pero no parece que a los grandes terratenientes del Antiguo Régimen, sino precisamente a una clase burguesa de labradores con recursos de capital que fueron los compradores de tierras».

ciones y comparando la historia agrícola de los diferentes países. Uno de los problemas actuales es que en cada país se hace una historia agraria diferente, y así las preguntas que uno se hace aquí, no siempre están contestadas en Francia, en Inglaterra o en Alemania. Sus planteamientos son distintos, cada historiador tiene la libertad de elegir los suyos, pero el hecho de no poder encontrar respuestas para determinadas preguntas representa un problema que limita nuestros conocimientos.

FERROCARRILES Y DESARROLLO INDUSTRIAL

—**T. de H.**— Me gustaría abordar ahora otro aspecto de sus investigaciones más recientes, que también ha dado origen a un libro de próxima salida. En la evolución económica española del siglo XIX, tuvo un papel decisivo —como ya estudió Gabriel Tortella— la construcción de una red de ferrocarriles; pero también parece que esa construcción puso de manifiesto las limitaciones del capitalismo español, y obligó a una

dependencia económica de los capitales extranjeros, que de una u otra manera ha continuado hasta hoy. ¿Cuáles han sido los principales resultados de sus estudios en este terreno?

—**M. A.**— Para empezar, lo que nosotros hemos encontrado es que la inversión realizada en ferrocarriles fue muy importante. Y éste es el primer hecho a destacar: el volumen de inversión no guarda proporción ninguna con nada de lo conocido hasta entonces, ni de los conocidos después de la gran época de la construcción ferroviaria. El capital invertido procedía en su inmensa mayoría de Francia, es capital que habría que denominar francés, aunque obviamente al capital es muy difícil seguirle sus vinculaciones, y podría darse el caso de que en alguna medida hubiese capital español invertido en compañías concesionarias de ferrocarriles españoles, pero cuya inversión se hubiera realizado a través de la Bolsa de París o de los circuitos comerciales financieros de París. Pero ésta es una pura hipótesis, y más bien cabe suponer que realmente hubo una inversión masiva de

capital francés, propiedad de titulares franceses, que compraron acciones, y sobre todo obligaciones de las compañías ferroviarias españolas. El mecanismo de financiación de ferrocarriles parece que se estableció a través de conexiones con compañías financieras de crédito mobiliario, en especial los Pereire y los Rotschild, quienes colocaban el papel que emitían las compañías ferroviarias en el mercado francés. En la medida que esto sea cierto, cabe suponer que los capitales fueron franceses, posiblemente de pequeños ahorradores que invertían con el atractivo que suponía el interés, y posiblemente las expectativas de una amortización más o menos remota, pero con una importante ventaja como consecuencia del quebranto con el que salía el papel al mercado, ya que habitualmente se cotizaba a partir de un 50 por 100 de su valor nominal. Aunque esto podía ser un negocio a muy largo plazo, podía tener un atractivo para los inversores. Está perfectamente documentado que en cualquier caso, los intereses de las obligaciones supusieron una grave carga en los momentos en que

la peseta perdió su paridad respecto al franco, y el pago de las obligaciones significó para las compañías concesionarias una carga suplementaria, que en determinados momentos llegó a causarles pérdidas cuando la empresa, en principio, había conseguido beneficios.

—**T. de H.**—Pero, ¿en qué medida contribuyó esta red al desarrollo del país?

—**M. A.**—Es evidente la importancia del ferrocarril para el desarrollo económico. Integró el territorio. El ferrocarril fue un negocio desde el punto de vista de la explotación. Sus dificultades financieras, cuando las tuvo a lo largo del siglo XIX, se debieron más a problemas del tipo antes citado que a problemas de falta de demanda. El ferrocarril conoce desde muy pronto las quejas de los usuarios; pero son quejas por la insuficiencia del servicio, no porque los ferrocarriles circularan vacíos, sino por el tiempo que tardaban en transportar sus mercancías de un punto a otro, o porque las transportaban en vagones inadecuados. Se protesta de un mal servicio como consecuencia de un exceso de utilización de los recursos materiales de las compañías. Hay anécdotas muy significativas: ciertos trenes de mercancías tenían que esperar en estaciones intermedias para encontrar una locomotora que los transportase, porque la que les había llevado en el primer tramo de ferrocarril, se había utilizado después para arrastrar otro tren, que estaba también esperando en una estación intermedia, hasta un destino situado unos cuantos cientos de kilómetros más allá.

Da la impresión de que los ferrocarriles circulaban con una gran cantidad de mercancías, y que tenían una enorme importancia. Por ejemplo, en un determinado momento, la compañía de Madrid-Cáceres-Por-

tugal establece una tarifa diferencial de entrada de productos procedentes de Lisboa. Esta tarifa excepcionalmente baja bastó para desviar el comercio procedente del Norte de Europa hacia Lisboa, eludiendo los puertos del Cantábrico. No sabemos en qué medida se realizó este cambio, pero si sabemos que los puertos del Cantábrico se apresuraron a asociarse para protestar contra la existencia de esta tarifa de penetración, que estaba desviando, según ellos, el tráfico de sus puertos y amenazando su supervivencia.

—**T. de H.**—De todas formas, ¿no se perdieron con el ferrocarril unos capitales que se podrían haber invertido en sectores directamente productivos?

—**M. A.**—La verdad es que si los capitales no proceden de un ahorro nacional, difícilmente cabe considerarlos perdidos para la inversión en la industria española, porque los capitalistas extranjeros no estaban interesados en financiar una industria en España, que pudiese en alguna medida ser competitiva con la suya; pero sí estaban interesados en financiar un sis-

tema de transporte que podía producir beneficios en muchos momentos.

LOS PARTIDOS POLITICOS EN LA ESPAÑA CONTEMPORANEA

—**T. de H.**—Para acabar, querríamos volver sobre algunos temas de sus libros anteriores. Después de cuarenta años de demagogia antipartidista, la reaparición de los partidos políticos y del sistema constitucional ha vuelto a poner de actualidad el problema de su participación en la historia contemporánea de España. ¿Qué papel desempeñaron, a su juicio, los partidos políticos en nuestro país hasta su disolución por el franquismo?

—**M. A.**—Los partidos desempeñaron la misma función que en el resto de los países, aquello para lo que han sido creados. Los partidos son una pieza dentro de un sistema que pretende resolver los conflictos existentes en una sociedad de una forma sujeta a unas reglas previamente convenidas. Lo que regulan fundamentalmente estas normas es quién va a ejercer el



«Creo que la interpretación literal de la conocida secuencia de modos de producción formulada por Marx puede desembocar en un escolasticismo rígido, en el cual se trata de hacer que la realidad penetre en ese esquema formal».

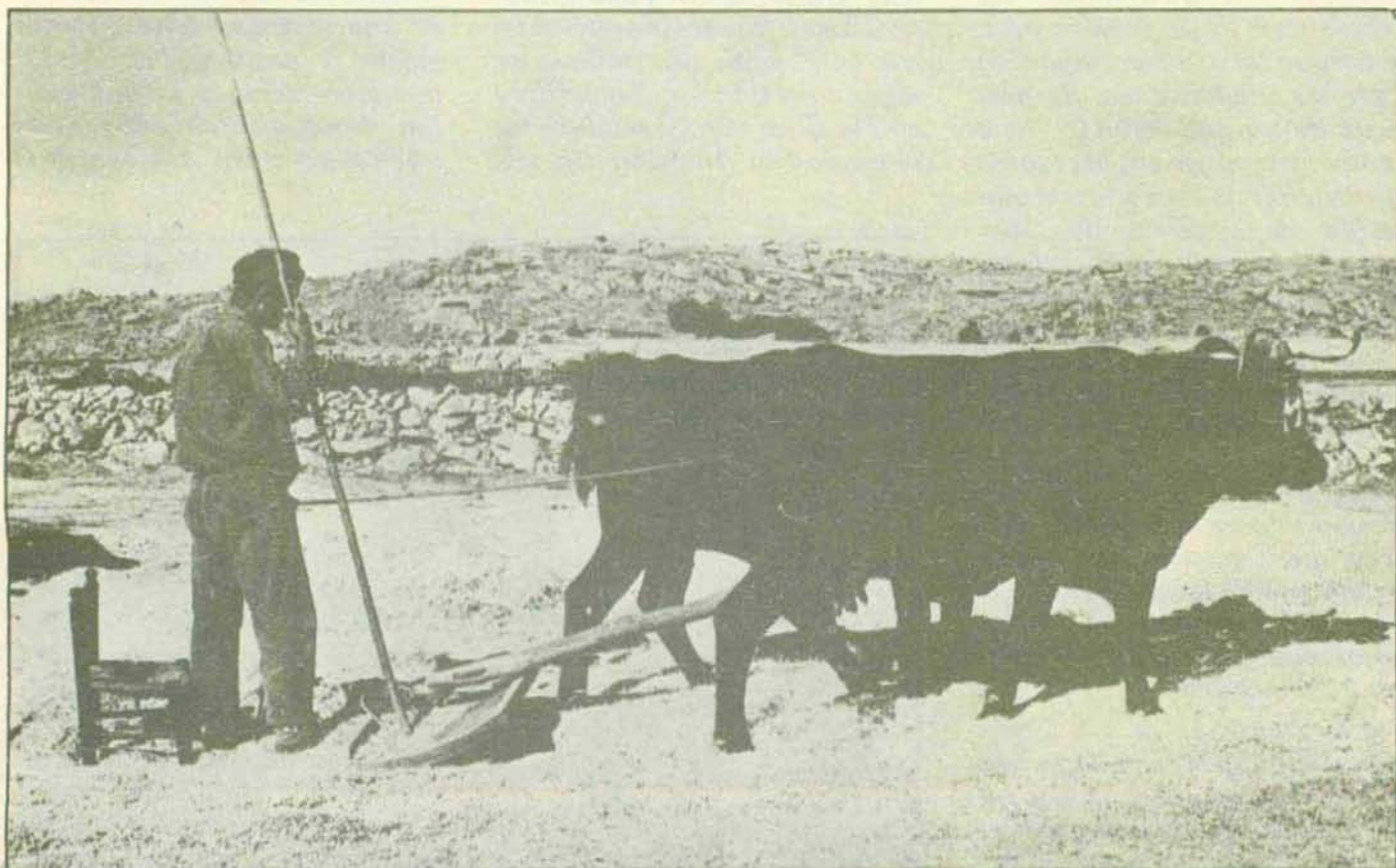
poder. Existe el acuerdo de que ejerza el poder aquel que cuente con mayores apoyos en la población. La misión de los partidos es organizar esa opinión, agruparla de tal forma que pueda influir y reflejarse en unas elecciones, y a través de ellas en una gestión de Gobierno. Esta es la razón de la existencia de los partidos. Surgen inevitablemente a partir del momento en que se establece una participación ciudadana generalizada en las decisiones de Gobierno. Por consiguiente, existe una evidente disparidad entre un régimen político en el que las fuerzas sociales se ponen de acuerdo en un conjunto de reglas para dirimir sus diferencias, y los sistemas en los que no se admite este tipo de arbitraje, sino que un determinado sector de la opinión impone sus decisiones sin ningún tipo de debate o referencia a ninguna otra alternativa. En España, los partidos han organizado la opinión para

crear estas formas alternativas de gestión de Gobierno. Estos partidos se han organizado en torno a dos grandes alternativas a lo largo de toda la Historia contemporánea, que pudiéramos llamar la alternativa moderada y la alternativa progresista, por los nombres de los partidos que la patrocinaron. Aunque estos nombres cambiasen en las diferentes épocas, estas dos opciones fundamentales se mantienen a lo largo de todo el siglo XIX y buena parte del XX. Estos dos modelos contrapuestos representan cada uno un modelo de organización política. Lo que los distingue es la mayor o menor representatividad que uno u otro proponen para el sistema político. Esta es la situación que caracteriza toda la historia decimonónica. El gran problema que tiene el régimen político de partidos es su capacidad para integrar a las fuerzas que existen en la sociedad y encauzarlas dentro de una acción política; en caso

contrario, si se coloca a esas fuerzas fuera del juego político, existe evidentemente la amenaza de una subversión que puede destruir el régimen por falta de capacidad integradora para las fuerzas sociales.

—T. de H.—¿Qué rasgos peculiares tuvo el sistema de partidos español, en relación con los países europeos más próximos?

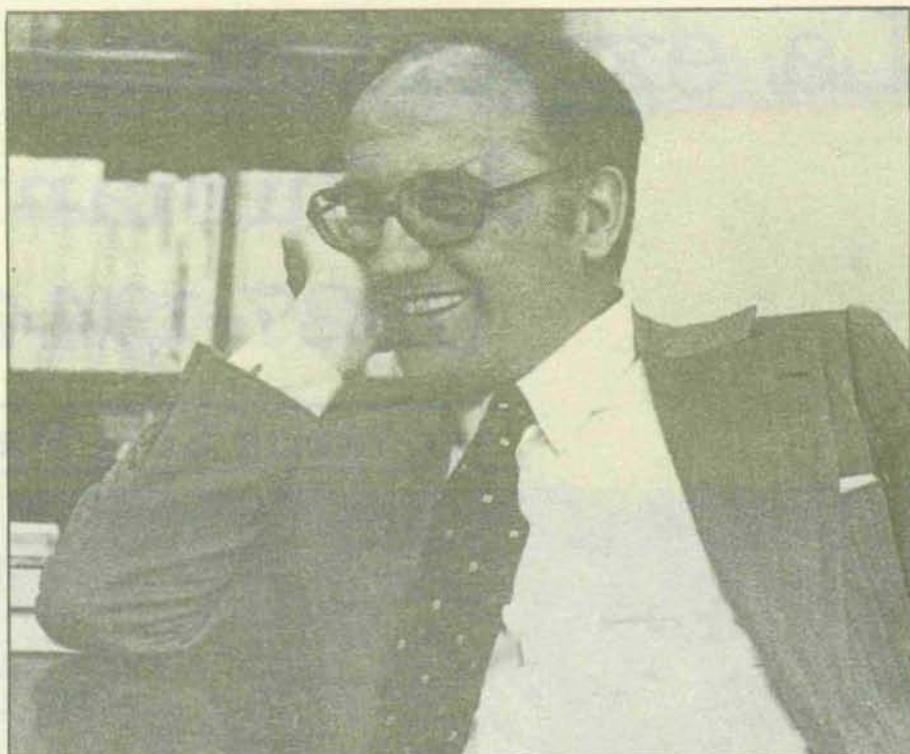
—M. A.—El sistema de partidos español realmente no se distinguió sensiblemente del de otros países situados en parecidas circunstancias en lo que se refiere a la organización de los mecanismos de Gobierno, a la acción parlamentaria, a la alternancia de partidos, etc. Lo que diferencia más la historia política española de la de otros países no es la definición legal del régimen, sino la forma de practicarlo. En este punto, con regímenes iguales en el terreno constitucional, se pueden dar prácticas distintas. La peculiar



«Si pensamos que para alimentar a la población, en el Antiguo Régimen, se necesitaban a las cuatro quintas partes de la población, como mínimo, dedicadas a las faenas agrícolas, no es difícil descubrir que, con el día a la semana que se queda al campesino para cultivar la parcela cedida por el señor, habría que atribuirle una productividad fabulosa para que este individuo pudiese vivir en estas condiciones».

forma de interpretar el ejercicio de su poder, por ejemplo en el reinado de Isabel II, pesa decisivamente en la serie de asaltos violentos al poder que se produjeron durante este reinado. Por el contrario, la forma de practicar este texto constitucional dentro de un régimen prácticamente igual, durante la Regencia de M.^a Cristina o durante el reinado de Alfonso XII, produjo una situación sensiblemente diferente en cuanto a su capacidad de integración de las fuerzas organizadas dentro de la sociedad.

El sistema político funcionó básicamente por una alternancia de opciones durante la mayor parte de su existencia. Hay dos grandes agrupaciones políticas que dominan en todo momento los resultados electorales, y que se alternan pacífica o menos pacíficamente en el ejercicio del poder. En la época isabelina, la alternancia es habitualmente el resultado de una acción violenta previa por parte de los progresistas, que solamente consiguen la confianza de la Corona después de haber asumido el poder como consecuencia de una acción revolucionaria. En la Restauración, la situación es distinta, porque lo que se hace es integrar a todas las fuerzas que podemos llamar de izquierda, dentro de la burguesía y de las fuerzas organizadas del país, en el juego político. La aceptación de estas normas es lo que produce la conocida estabilidad de la Restauración. Dos virtudes que en la primera etapa de la Restauración muy bien pudieron corresponder a una situación real dentro de las fuerzas sociales organizadas en el país. Pero, en la medida en que no se produjo una integración en sus filas de los nuevos sectores de opinión, que quedaron marginados del sistema, como el movimiento obrero, como los movimientos regionalistas o como el republicanismo, evidentemente ocu-



«Históricamente, todos los partidos comenzaron siendo partidos de cuadros, y los partidos de masas son una innovación que se produce en un determinado momento».

rió lo que ocurre a todo sistema político: en la medida en que no consigue integrar a la opinión pública, se debilita, se va convirtiendo progresivamente, cualesquiera que sean las formas, en un mectorecanismo de poder, hasta que se llega a una situación de ruptura, como ocurrió con la Restauración.

—**T. de H.**—¿Y cuáles fueron las fases fundamentales del desarrollo de los partidos políticos en la España contemporánea?

—**M. A.**—Las fases fundamentales del desarrollo de los partidos yo diría que son dos. Es la conocida distinción que Duverger, desde un punto de vista de analista político, establece entre los partidos de cuadros y los partidos de masas. Históricamente, lo que ocurre es que todos los partidos comenzaron siendo partidos de cuadros, y los partidos de masas son una innovación que se produce en un determinado momento —por supuesto, dentro de un determinado sector de la opinión, el sector proletario, e incluso el sector republicano—. Ante esta innovación, los de-

mas partidos se verán obligados a organizarse y configurarse como partidos de las mismas características. Es decir, las formas de los partidos responden a unas etapas históricas, que a su vez están determinadas en buena medida por las características peculiares del sufragio. Mientras el sufragio ha sido un sufragio restringido por uno u otro motivo, fundamentalmente por el establecimiento de normas censitarias para adquirir la condición de elector, era innecesario organizar ningún tipo de organización de masas, porque en definitiva los llamados a participar en las decisiones políticas a través de una consulta electoral no rebasaban el 5 por 100 de la población; pero cuando esta cifra se supera, para encuadrar o solicitar el voto de un 25 por 100 o más de la población se requiere un tipo de organización diferente que va a surgir de la mano del sufragio universal, aunque la iniciativa procede de partidos que tienen necesidad de organizar a sus afiliados de forma sistemática: son los partidos proletarios. ■ **M. R.**